

deseaba san Ambrosio, cuando dijo : « Vive de modo, que merezcas cada dia recibir el cuerpo del Señor (1). » Si tal fuera ahora la vida de los cristianos, ¿cuál seria nuestro consuelo con su frecuente y diaria comunión? Mas ¡ay, que va mucho de aquellas costumbres á las nuestras! El fervor de la caridad se resfrió; el desprecio de las honras y riquezas se ha convertido en ambicion y codicia; el aborrecimiento del mundo en un furioso amor de sus placeres; el sacrificio voluntario de los cuerpos en una solicitud ardiente de sus comodidades y deleites. En suma, una disolucion deplorable ha sucedido al rigor de la disciplina cristiana.

No por esto, vuelvo á decir, intento retraeros de la sagrada mesa : solo deseo que purifiquéis vuestros corazones para recibir dignamente y con fruto el santísimo Sacramento, de suerte que si no imitamos la sublime perfeccion de los antiguos cristianos, suplamos su falta con la intension del dolor y el rigor de la penitencia. No basta para esto un leve dolor ni una confesion de ceremonia : es necesario un dolor profundo, que arroje de vuestros corazones los objetos que arrastraron vuestro afecto, y quizá os han hecho caer no pocas veces en graves culpas. Debéis detestar los antiguos vicios, pelear contra las inclinaciones perversas, mortificar los apetitos, limpiar con esmero vuestras conciencias, para presentaros dignamente á la sagrada mesa y recibir el pan celestial. Es esto lo que verdaderamente hacéis? ¿es esto lo que hacen todos aquellos que cada dia ó muy á menudo comulgan? Ojalá fuera así! pero el testimonio de los propios ojos deja frustrados en este punto nuestros vivos deseos. ¿Podremos pensar que ha procurado limpiar su corazon de todo afecto mundano la mujer vana, que manifiesta su loca vanidad aún en la sagrada mesa? ¿Da muestras de procurarlo el que se levanta de los piés del confesor, solicitando con afectada prisa la sagrada comunión, para volver mas pronto á sus gustos, á sus intereses, á sus pretensiones, á sus tratos y divertimientos acaso inmodestos? ¿Lo procuraria el sacerdote (tiembla al pensarlo), que de las vanas conversaciones, de las expresiones iracundas, de los tratos, negocios y entretenimientos impropios de su estado, sin preceder la confesion sacramental, sin señal de serio arrepentimiento, sin tomar, como

(1) *Ambr. l. 5. de sacram. c. 4.*

decimos, agua bendita, con una breve genuflexion y dos golpes de pecho, ó tal vez sin estas expresiones externas, tomase ó arrebatase las sagradas vestiduras, se fuese al altar y ejerciese luego el tremendo ministerio, con un exterior tan indevoto, que léjos de causar edificacion como debiera, descubriese las pasiones que le dominaban?

San Juan Crisóstomo, con ser devotísimo del sacrificio de la misa, se abstuvo un dia de celebrar, solo por haberle ocurrido ántes alguna disputa, en que tuvo que manifestar su fervoroso zelo en defensa de la verdad. Hablaria sin duda el modestísimo prelado con la mansedumbre, que hacia su especial carácter; se contendria en los límites de la caridad y prudencia, que tanto resplandecian en todas sus obras : temiendo sin embargo que se hubiese algun tanto acalorado, se privó aquel dia del suspirado consuelo de la santa comunión y sacrificio. Sabemos de otras personas que con una vida ejemplar, con una severa mortificación de sentidos, con una virtud perfecta, no dejan de prepararse muy de espacio para comulgar y celebrar, purificando mas y mas sus corazones, desprendiéndolos de todo lo mundano y terreno, fijando todo su pensamiento y afecto en aquel Señor que han de recibir. Consideran el sumo cuidado de la Esposa santa en conservar los piés limpios de todo polvo cuando tenia que presentarse ante su Esposo (1); la exquisita limpieza con que debia entrar el sacerdote al antiguo santuario, donde solo se representaban los misterios augustísimos de nuestra santa Religion; las muchas purificaciones con que se preparaban todos los que habian de sacrificar ó participar de los sacrificios; de aquellos sacrificios en que se inmolaba la carne y sangre de los animales, inferiores incomparablemente al nuestro, en que se ofrece y se recibe la carne y sangre purísima del Hijo de Dios. Estas consideraciones les hacen exclamar en su interior con san Juan Crisóstomo (2), ¿qué manos podrán ser bastante limpias para tratar la carne purísima del Cordero immaculado? ¿Qué boca, qué lengua, qué pecho será tan puro, que sea digno de recibir la misma pureza? ¿No ves, dice el mismo santo, cuán limpios, cuán primorosos, cuán resplandecientes son los vasos que sirven al santo sacrificio del altar, y mas los que inmediatamente contienen el cuerpo y sangre de Jesucristo? ¿Te atreverias, ó cristiano, á tocar la sagrada hostia

(1) *Cant. c. 5. v. 3.* (2) *Joann. Chrys. Hom. 60. ad pop. Antioch.*

con las manos impuras? ¿No procuras ántes limpiarlas con mucha diligencia? ¿Puedes mirar sin indignacion y horror, que sirvan para la sagrada mesa vasos, lienzos, ni cosa alguna que no sea muy limpia? ¿Cualquiera deformidad, cualquiera mancha, por leve que sea, no te parece indecente á su sagrado destino? Pues ¿cuánto mayor debe ser nuestro esmero en la limpieza de nuestros corazones, en lavar con lágrimas de una verdadera penitencia cualesquiera manchas que hayan contraído con el trato y los negocios del mundo?

Así purificados los corazones, podrán poner su afecto, como es justo, en lo que han de recibir, suspirando con vivas ansias por tan apreciable bien. Para esto debiera bastar la sola consideracion de lo que se ofrece á todos en la sagrada eucaristía. No se ofrece ménos que el soberano Autor de todos los bienes y gracias, la fuente inagotable de dulzuras, ó usando de la célebre expresion de santo Tomas (1), la dulzura espiritual en su propia fuente. Se nos ofrece aquel Señor, que con sola su vista llena de alegría á los ángeles, y el cielo de gloria. Se nos ofrece y se nos da Jesucristo Señor nuestro, verdadero Dios y hombre: no se puede ponderar mas. Contemplando un objeto tan dulce, tan amable, tan excelente, ¿qué corazon será tan duro, que no se abraza luego en amorosos deseos de recibirle? En los antiguos patriarcas eran tales las ansias de gozar la presencia de Cristo, que no tenían voces para explicarlas. Abraham rebosaba de gozo solo con verle en sombras (2). El santo viejo Simeon, derretido su devoto corazon en ternuras con el sagrado Niño en los brazos, ya no queria tener otro gozo en esta vida (3). Y nosotros, á quienes cupo la dicha especialísima de poder gozar tanto bien, no en sombras, sino con toda realidad; no solo en los brazos, sino dentro de los pechos, ¿estaremos con el corazon helado, sin afecto, sin suspiros, sin vivos deseos de gozarle?

Por afrenta del cristianismo, hemos llegado á tan infelices tiempos, que son menester en algunos que blasonan de cristianos, no solo exhortaciones, mas aún graves preceptos, y tal vez conminacion de penas, para que comulguen siquiera una vez al año. En otros tiempos, mas felices para la Iglesia, una de las mayores penas era privar al pecador de la sagrada comunión; pero ahora se necesita todo el zelo y eficacia de los pas-

(1) *Th. Aquin. in opusc. 57.* (2) *Joann. c. 8. v. 56.*  
 (3) *Luc. c. 2. v. 29. et 30.*

tores eclesiásticos para que nadie se prive de ella. Por desgracia de Israel, nos dice la sagrada Historia, que muchos no habian celebrado la Pascua, segun estaba mandado en la lei de Moises, y tuvo que aplicar el piadoso rey Ezequías los esmeros de su ardiente zelo, para que todos la celebrasen (1); pero en fin aquella Pascua se habia de celebrar con un cordero, en quien estaba figurado Cristo. Mas nosotros que tenemos la gloria de celebrarla con el mismo Cristo, que se digna entrar en nuestros pechos y servir á nuestras almas de alimento, ¿hemos de ser tan desidiosos que necesitemos de preceptos y conminaciones para tanto beneficio? ¿Ó dureza de unos corazones que tienen el sello y la divisa del mismo Cristo! ¿Creen que en el santísimo Sacramento está realmente este Señor, y que se recibe real y verdadero en la sagrada comunión? Lo creen sin duda, ni yo puedo pensar tan mal de su fe que atribuya su dureza á la falta de creencia; solo puedo y debo atribuirla al sobrado apego de su corazon á los negocios y gustos temporales. Bien quisieran recibir á Cristo en sus pechos, si para esto no fuera necesario desprenderse el avaro de sus usuras, el desidioso de su comodidad, el sensual de sus deleites brutales, de la mujer que le domina, del trato y de la ocasion que le pierde. Estas son las rémoras, que deteniendo su corazon, le impiden que llegue á la sagrada eucaristía. Los convidados al banquete nupcial, de que habla el evangelista san Lucas, ¿qué motivos pudieron tener para negarse á tan generoso convite? Lo dicen ellos mismos: uno porque no puede dejar su hacienda; otro porque ha de estar con sus bueyes; y otro en fin porque no puede apartarse de su mujer. De suerte que no es la aversion á la mesa la que los retrae del convite, sino el sobrado apego á ciertas conveniencias, de las cuales no queria su excesiva pasion desprenderse ni un momento, para gozar de aquel favor. En aquellos tres géneros de conveniencias, entiende Tertuliano todos los objetos que nuestro corazon ama con afecto desordenado; y estos son en la realidad los que privan á tantos cristianos de frecuentar ó acercarse á la mesa celestial del santísimo Sacramento, por mas que la Fe les muestre el sumo bien, la fuente de dulzuras y la copia imponderable de gracias, que contiene y ofrece.

(1) *II. Paral. c. 30.*

No permita Dios, oyentes carísimos, tanta desgracia en alguno de vosotros. Ya que la fe que profesáis y de que hacéis especial gloria, os propone tanto bien, tanta dulzura, tantas gracias en el santísimo Sacramento; ya que todos creéis firmísimamente, que contiene real y verdadero á Jesucristo, fuente y autor de todos los bienes, digno de todo nuestro amor; avivád vuestros deseos, rompéd cualesquiera demoras, cortád cualesquiera obstáculos, dejád cualesquiera objetos, que puedan ser impedimento para gozarle; y puesto en él todo vuestro afecto, decidle con el mismo: como el ciervo desea sediento la fuente de aguas, así mi alma os desea, ó Dios y Señor mio, fuente inagotable de dulzuras. Ya no he de buscar mas los charcos corrompidos; ya no apetezco los manjares groseros de Egipto: vayan fuera de mi corazon todos los bienes y gustos terrenos, para que hagan lugar solo á vos, bien infinito y eterno: solo á vos deseo; solo á vos quiero; solo por vos suspiro con toda mi alma, pues que solo vos podéis saciar su apetito, darle cumplido gusto, y hacerlo verdaderamente y para siempre feliz. Conozco y siento con el mas vivo dolor, que me han hecho indigno de vuestra dulce presencia mis vicios, mis culpas, mis afectos terrenos y carnales; conozco bien cuán distante está mi corazon de aquella pureza y santo fervor con que debiera recibiros, bien sumo. Esta consideracion me hace prorumpir en aquella exclamacion del apóstol san Pedro: apartáos de mí, porque soy pecador: *Exi à me, quia homo peccator sum* (1). Me considero indignísimo no solo de recibiros, sino de acercarme á esa sagrada mesa, de esfar en vuestra presencia; y confundido de mí mismo, justamente humillado, apénas me atrevo á levantar los ojos para fijarlos en ese trono de vuestra majestad infinita. Pero es tanta vuestra benignidad y tan grande vuestro amor, que me llamáis, me convidáis, me os ofrecéis para que os reciba en mi pecho. Ansioso deseo recibiros; pero temo mi propia indignidad; hacédme, os ruego, digno de tan inestimable beneficio; limpiád mi corazon, encendéd en él santos y devotos afectos; hacédle digno con los auxilios de vuestra gracia, de la sagrada comunión y de sus copiosos frutos, con los cuales amándoos y sirviéndoos, como debo, en esta vida, logre gozaros en la otra por toda la eternidad. Amen.

(1) *Luc. c. 6. v. 8.*

## DISCURSO

## DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

*Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.*  
Jesucristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.

*Apocal. c. 1. v. 5.*

Pueblo cristiano, ¿qué objeto te congrega esta noche en este sagrado recinto? La palidez de vuestros rostros, la santa tristeza que se deja ver en vuestros semblantes, esos suspiros que lanzan vuestros corazones, interrumpiendo el silencio de esta mansion de dolor; ese aparato lúgubre que adorna las paredes de este templo, esas antorchas fúnebres que iluminan aquel altar... Mas qué miro? un monumento sepulcral. Ah! tristes indicios.

¿Venís por ventura á honrar la memoria de algun caro objeto de vuestro corazon? ¿venís á llorar sobre la tumba de un padre amoroso ó de una madre tierna? ¿Á quién consagraís estos fúnebres obsequios? ¿Es por ventura á algun Jonatas amable sobre el amor de todas las mujeres? ¿es algun Abel inocente, sacrificado al furor de un hermano fratricida? ¿Es un Isaac sencillo y obediente que ha ofrecido su cuello al cuchillo, para hacerse hostia aceptable y holocausto de pacificacion? ¿Es...

Amor! por qué guardas silencio? Responde de tu víctima: tú fuiste el ministro del atentado mayor que presenciaron los siglos; tú fuiste quien armaste la omnipotente diestra para que